

MALOS PENSAMIENTOS

Claudia Karim Quiroga

No llama. No está. No contesta.

Espero que suene el teléfono, que mande alguna señal. Un aviso, un mensaje de texto.

Una señal de humo. Una avioneta pasa y aguardo.

Cierro los ojos y lo encuentro. Lo observo a contraluz. A través de una tela. Siempre.

Nunca directamente, nunca de frente. Se sabe objeto. Se presume bocado.

Es probable encontrarlo en una tarde, como está. Solo para mí y de nadie más.

Es probable que me llame más tarde y me invite. Me diga que vayamos a cine. A cenar. Al hotel. Evitemos el cine. La comida. Amarlo desde la cintura hasta los pies. Perder la cabeza. La razón, la voluntad. Dijo que le contara cosas, de mi intimidad. Imposible cuando anoche lo soñé desnudo, llorando, en mi regazo. Pide perdón como un ángel. Las alas tornasoladas, blancas, enormes. Elimino uno por uno, los piojos. Y lo cobijo, acomodo su cabeza sobre la almohada, delicadamente. Está vivo porque respira. Está vivo, creo, hay humedad en su nariz.

El ángel es enorme. Y yo visto un babydoll rojo. Es un mártir y yo una ilusa.

Más tarde debe levantarse. Abrir un ojo, abrir ambos, y encontrarse con una mujer que por primera vez lo ama y lo desea. Lo quiere devorar pero tampoco piensa atragantarse con una pluma. El hombre, el ángel. El suspiro permanente debe hacer algo por esta mujer que le entrega

todo su amor en una bandeja. Sin pedir nada a cambio, quizá la vida, nada más.

Ella lo espera porque no le queda más remedio a su vida maltrecha. Por un rincón se colaron el agua, la humedad, los vacíos. Unos recorridos interminables de camino a su casa y a su trabajo. De su trabajo a su casa. Y por el camino, observa, se nutre de aquello que le hace falta. Y su imaginación es un abismo al que recurre antes de acostarse, de cerrar los ojos, de preguntarse la razón por la cuál ningún hombre la invitó a salir hoy.

Es oscuro el universo. Ella está enamorada y no ve más colores que el rosado de los labios y el marrón de unos ojos. No pretende ser amada pero lo desea. Entonces se debate entre la desprotección y el aniquilamiento, entre la irrealidad y la necesidad de paralizar el mundo, cada vez que lo encuentra. Detener el tráfico, la hora, la gente, las palomas, todas las aves, los mosquitos, todo lo que vuela, nade o camine. Y entonces, con él, despacharse.

Puede que la quiera pero no lo parece. No es lo mismo casi. Si el amor se vale de miradas, de palabras, de gestos. Si ella no recibe nada de eso, qué le queda. Unas horas de imaginación repartida. Unos momentos en algún lugar, oscuro, perdido, en el culo del mundo, para encontrarlo. Y aun así, lo prefiere. Lo delira.

El amor y la demencia pueden ser lo mismo. No se necesita ser cuerdo para perder la cabeza, la noción, la realidad. Es preciso amar un par de ojos por encima de todos. Perseguir el olor de una piel que acaba de irse. Esa es la parte más dolorosa. Cuando lo presiente y ya se ha ido. Ese día, ella, con la mejor blusa, el carmín en los

labios, cada cabello en su puesto. Otra, completamente. Se viste para ojos que no le interesan. Es muy complejo, se necesita estar enamorada para resistir un tormento silencioso y solitario.

Puede que la ame. Suponiendo que sea verdad que por la noche no duerme. Que lo encuentra la madrugada, desafiante. Supongamos que es cierto que le suda la piel, que tiembla. Que no sabe qué hacer, qué camino tomar, no sabe dónde poner la mirada, dónde tocar, se detiene, regresa. Vuelve. Se desespera por una caricia. Se morirá por un beso.

Necesita tiempo para decidirse. Para escoger. Para priorizar. El trabajo, yo. Su mujer.

Es tan difícil. Yo no podría soportar ese peso. Imposible. Sigo célibe, pobre, soltera.

Se pone nervioso. Yo también. Yo me vuelvo idiota. Las cosas, súbitamente, se caen de mis manos. Si bebo café. Me cae encima. Si como chicle, lo escupo. Si voy caminando, me tropiezo, me resbalo, se me rompe el tacón. Si voy en taxi mi falda queda atrapada en la puerta. Olvido las llaves, mis libros, mi cartera. ¿Traía alguna bolsa hoy?

Hablará de mí. Qué tipo de cosas dirá. Que soy eficiente o una lindura.

Que soy fantástica o perversa. Qué estoy loca o en camino de serlo.

Qué dirá de mí, me obsesiona.

Quizá me menciona al azar. Algún comentario del tipo impronunciado. Irrepetible.

Algo como que dulce muchacha. Que tierna.

Y si me hace el amor. De qué lado.

Es una pregunta que me quita el sueño. Llevo días pensando en eso. No me alimento. No veo la tele. Abro un libro y luego lo cierro. Voy a la ventana. Supongo que algo debo ver pero no lo recuerdo. Quizá alguna paloma. Quizá una señora poda el jardín. Quizá un celador hace su recorrido en la bici. Quizá una mariposa o un murciélago. Puede ser de día o de noche. No me doy cuenta.

Y cuándo lo hagamos, de qué lado. Qué vestido usaré. Será toda una sorpresa. Me visto, cada mañana. Pensando, hoy puede ser.

Y cuando lo hagamos. Qué haremos después. Nos acurrucaremos. Nos contaremos historias. O querrá ver televisión?

Y luego. Qué vendrá después. Paso los días, las horas, cada minuto, con estás ideas.

Mi problema es serio. Mi caso es dramático. Un asunto perdido.

Debería declarar su amor. A la antigua.

Decirme que me ama. Que no puede vivir. Que es un andrajito. Una miseria. Que me necesita. Que no puede sin mí. Que sueña conmigo. Que lleva meses así. Años. Toda su vida. Debería, y ojalá lo haga pronto. Hincarse y suplicarme. Y pedirme perdón por todas las veces que pasó por mi lado y no me saludó. Pedir perdón por no gritar mi nombre entre la multitud. Perdón por no ofrecerme algo más que unos minutos o una hora. Perdón por no exponer su piel, su conciencia. Su fragancia.

Perdón una vez más, por no concederme una pieza de baile una vez. Y perdón, por no esperarme, no llamar. No invitar ni consolar. ■

Claudia Karim Quiroga (Colombia)